

DESTELLOS DE GRACIA I

Reflexión para nuestras Hermanas mayores, especialmente.

Introducción

Destellos de gracia es una reflexión inspirada en un fenómeno natural, al que asisto frecuentemente en estos lugares y de manera especial en tiempos de lluvia.

Cuando se forman aquellas grandes nubes densas y oscuras que generalmente amenazan tormenta, no es extraño, de repente, ver salir de las entrañas de esa misma nube, unos rayos tenues, como sutiles flechas que se sumergen maravillosamente en lo más profundo del océano Índico.

Primero surgen esos pequeños rayos de luz que llamo destellos, lo que interpreto como esa lucha callada entre la luz y las sombras. Después son rayos de luz más potentes que resurgen victoriosos iluminando lentamente la faz de la tierra; finalmente cuando la luz vence a las sombras, aparece la bendición de la lluvia si es el caso, o la claridad del sol en toda su belleza renovando nuestras energías o incluso dorando un poco nuestra piel.

Es entonces cuando pienso en lo parecido que es este fenómeno con lo que va aconteciendo en nuestra vida personal, en nuestra vida consagrada y en nuestras comunidades. La aparición de esos destellos de luz que nos van indicando que Dios nos asiste con su gracia aun en medio de las oscuridades que nos amenazan.

Sabemos que a Dios le gusta más, visitarnos con suaves destellos, para que percibamos mejor la calidez de su amor, la delicadeza de su pasión por el hombre y su historia. Porque lo de Dios es el susurro, la brisa suave, los vientos que acarician, los silencios fecundos y las oscuridades preñadas de luz. Así lo comprendió el profeta Elías y por eso salió de la cueva donde estaba escondido y se cubrió el rostro con reverencia. (1 Reyes 19-21)



En esta reflexión encontraremos una invitación a recordar, reconocer y agradecer esos destellos de gracia con los cuales Dios nos ha hecho sentir que ha estado, está y estará siempre a nuestro lado, para confirmarnos en la fe, fortalecer nuestra esperanza y animarnos en el diario caminar, con más alegría que temor, con más certezas que dudas, con más gratitud que reclamos.

Unas palabras de nuestra Santa Teresa nos animan en este viaje: *ahora comenzamos y procuremos siempre empezar de nuevo, para ir de bien en mejor.*

1. La conocida historia de la vocación de Abraham.

“Vete de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré.

De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre: y sé tú una bendición” (Gn 12, 1-2).

Serán incontables las veces que habremos leído y reflexionado con este texto. Hoy lo traigo de nuevo delante de nosotras para que volvamos sobre él, porque es eso lo que también ha sucedido con nosotras, independientemente de las circunstancias personales de cada una y de los contextos vocacionales en los que hayamos sido llamadas.

La llamada a Abraham con sus respectivas exigencias lleva consigo la promesa de Dios “a la tierra que yo te mostraré” que es la tierra prometida de la que se habla a lo largo del Antiguo Testamento, esa tierra hacia la cual caminaba el pueblo de Israel.

Haré de ti una nación grande y te bendeciré, engrandeceré tu nombre: y sé tú una bendición.

¡Qué gran compromiso! Ser conscientes de que ya estamos en la tierra prometida, y que hemos sido bendecidas para ser una bendición para los otros.

Lo de ser una nación grande, no es una cuestión de fama, sino de fe. Abraham fue nuestro padre en la fe, pero es que nosotras, cada una con su nombre y apellidos, con su vocación personal, con su apostolado, a lo largo de todos estos años, hemos sido sin duda algunas madres *de una nación*.

Entendamos esa nación como ese gran número de personas a las que hemos podido bendecir con nuestro ser de mujeres consagradas, de las que hemos podido aprender, a las que hemos podido ayudar, aconsejar, contagiar, corregir, educar, humanizar... con nuestro apostolado, en todos los sentidos.

No nos dé miedo, hermanas, recordar con el corazón agradecido que nuestra tierra prometida ha sido cada lugar que han pisado nuestros pies y en el que hemos sido presencia misericordiosa del Dios que nos envió. No importa si son muchos o pocos los lugares recorridos, lo que importa es cada persona con la que un día nos encontramos, convivimos, rezamos y trabajamos. Las personas para las cuales hemos sido una bendición y no sólo eso, las personas con las cuales hemos sido y seguimos siendo bendecidas, santificadas y amadas.

No es tiempo de pensar en lo que no hemos sido, en lo que no hemos conseguido, en lo que no hemos hecho bien, eso Dios lo sabe desde siempre y ¡ya se le olvidó!

Es tiempo de reconocer esos destellos de gracia en los que Dios nos ha manifestado su gran amor y misericordia.

Nunca podremos saber con la memoria ni con el corazón, cuántas personas estuvimos, estamos y estaremos, como hermanas y como Congregación. Pero sí sabemos que para todas esas personas hemos sido y seremos una bendición. Y lo seremos aun después de que hayamos partido de este mundo, o por lo menos eso es lo que creemos cuando exclamamos, cada vez que se nos va un ser querido: ¡tenemos una intercesora o intercesor más en el cielo!

¡Pues bien! Dedicemos ahora nuestra vida a AGRADECER cada rayo de luz, cada destello de gracia que aparezca en nuestra vida;

***Es tiempo de
reconocer
esos destellos
de gracia en los
que Dios nos ha
manifestado su
gran amor...***

no ignoremos, ni temamos aquellas nubes densas que se ponen ante nuestros ojos y que amenazan tormentas, mirémoslas de frente y descubramos el sol radiante que se esconde en sus entrañas, lo demás lo hará el Señor, lloverá y será una bendición, se disiparán las sombras y veremos claro que nuestros Dios es un Dios de Luz.

Podríamos hacernos esta pregunta:

¿Cuáles son los destellos de gracia que aparecen con más fuerza en la realidad concreta en la que vivo, en el aquí y ahora de mi existencia, de mi comunidad?

2. ¡Hazme caso Tú a Mí!

Me gustan mucho las historias porque siempre llevan en sí una invitación a la reflexión serena, alentada por el buen humor, tan necesario en nuestra vida, sobre todo en estos tiempos en los que parece que la tristeza es la dueña y señora del mundo, con tanta tragedia y cosa lamentable.

Aquí tenemos una de esas breves historias que Antony de Mello nos cuenta.

Un hombre bastante piadoso, que estaba pasando apuros económicos, decidió orar de la siguiente manera: *“Señor, acuérdate de los años que te he servido como mejor he podido y sin pedirte nada a cambio. Ahora que soy viejo y estoy arruinado, voy a pedirte, por primera vez en mi vida, un favor que estoy seguro que no me vas a negar: Haz que me toque la lotería.*

Pasaron días, semanas, meses... ¡y nada! Por fin, casi a punto de desesperarse, gritó una noche: *¿Por qué no me haces caso, Señor?*

Y entonces oyó la voz de Dios que le replicaba: *¡Hazme caso tú a mí! ¿Por qué no compras un billete de lotería?*

La historia está bien para reír un poco, pero podemos entrar en el fondo de la cuestión. Se me ocurre que podríamos revisar la manera como oramos, como nos relacionamos con ese Dios amigo, humano, sensible a nuestras necesidades.

La idea de fondo de esta historia debe ser esa que reza el antiguo refrán “a Dios rogando y con el mazo dando”. Está bien que le recordemos a Dios lo que nos hace falta y le pidamos con fe aquello que más deseamos, pero siempre haciendo nuestros deberes, pues Dios no es un mago y los milagros no se generan solos, hay que provocarlos, creo que ya he dicho esto en otra reflexión.

Hermanas, todos los días tenemos que “comprar el billete de lotería”, que quiere decir, poner de nuestra parte lo que nos corresponda y sobre todo escuchar al Señor, que nos habla de mil maneras, que nos envía mensajes, que nos manda ángeles, que nos susurra... en otras palabras, ¡que nos envía destellos de gracia! El asunto no es pedir “recompensa” por el bien que hemos hecho en la vida como le sucede al pobre hombre de la historia. Ni siquiera, pienso yo, es dedicarnos eternamente a pedir perdón por lo que no hemos hecho o por lo que hemos hecho mal, aunque reconocer nuestra fragilidad y nuestro pecado es un acto de humildad que no debe faltar en nuestra vida, pero sin obsesiones ni fanatismos.

La clave está en recordar y reconocer que todo en nosotras ha sido y es gracia, don y tarea. Por eso nuestra plegaria debe estar impregnada de una eterna gratitud y de una disponibilidad incondicional a su voluntad, estar siempre prontas para el **envío misionero**, aunque no nos movamos del sitio donde estamos, aunque nuestra vida se desenvuelva en unos espacios muy definidos y quizá muy limitados, pues en la vida consagrada el envío misionero no es solo físico.

En nuestro caso, como hermanas mayores que ya somos, el envío no es a un lugar geográfico concreto, sino un envío directo al corazón del mundo, a las entrañas de cada ser humano que en este momento concreto de la historia, necesita ser curado, unificado y transformado y eso solo puede ser posible cuando el amor divino se filtra misteriosamente como un destello de gracia a través de nuestra oración de intercesión.

Tenemos que estar convencidas de esta responsabilidad y de esta gracia. Dios que ya un día contó con nuestros pies ligeros, con nuestras manos activas, con nuestras idas y venidas, con nuestros sueños jóvenes y con



nuestras ganas de llevarnos el mundo por delante, cuenta ahora con nuestra silla de ruedas, con nuestro bastón, con nuestra memoria a veces distraída, con nuestro pastillero, con nuestras impaciencias y miedos, con nuestras imposibilidades. Él quiere y necesita seguir inundando al mundo con su presencia, a través de la misión de amor que nos encomienda cada día, desde nuestra realidad concreta, sin prisas. Con aquella alegría, esperanza y fortaleza que nos caracteriza como hijas de las dos Teresas. ¡Ese es nuestro Dios, hermanas! El Creador incansable que se vale de todo, para hacernos sentir que nuestra vocación de discípulas al servicio del Amor, no tendrá nunca fecha de caducidad.

3. La historia de las dos ancianas

Cuando estaba pensando en escribir esta reflexión, llegó a mis manos un pequeño libro de una escritora llamada Velma Wallis, nacida en una pequeña comunidad del nordeste de Alaska.

La introducción del libro dice así:

Todos los días, después de cortar leña, nos sentábamos y hablábamos en nuestra pequeña tienda a la orilla de la desembocadura del Porcupine River, cerca del lugar donde este río se une al Yukon. Al final mamá siempre me contaba un cuento, y allí estaba yo, que ya no era ninguna cría, escuchando con atención las historias que mi madre me contaba para



dormir. Una noche me contó un cuento que yo no conocía y que hablaba de dos ancianas y de su duro viaje plagado de dificultades.

Y más adelante añade:

*La historia me enseñó que no debemos poner límites a nuestra propia capacidad, y **mucho menos por motivo de la edad**, para realizar en la vida nuestro cometido. Dentro de cada individuo, en este mundo inmenso y complejo, late un increíble potencial de grandeza...*

¡Pues bien! No es mi objetivo contar aquí toda la historia que me gustó mucho, porque para quienes lo deseen, una copia del libro estará disponible. Pero sí me voy a referir a algunos párrafos relevantes que nos pueden ayudar.

“Empezamos a recordar cómo eran las cosas antes. Mi abuelo y todos los ancianos de aquel entonces trabajaban hasta que ya no podían moverse o morían. Mamá se sentía orgullosa de no aceptar las limitaciones de la vejez y de que aún pudiera recoger la leña para el invierno a pesar de que el trabajo exigía un gran esfuerzo físico.”

La historia se desarrolla en los pueblos nómadas de la región ártica de Alaska, en perpetuo movimiento, siempre en busca de comida. Adondequiera que fueran los caribúes y otros animales migratorios, ellos los seguían. Pero el intenso frío invernal traía también otros problemas. El alce, su fuente predilecta de sustento, se guarecía del duro frío en su refugio, sin moverse, y resultaba difícil encontrarlo.

*En este grupo en particular había dos ancianas a las que el Pueblo cuidaba desde hacía muchos años. La mayor se llamaba **Chidzi**, pues cuando nació sus padres le vieron cierto parecido con un pájaro carbonero. **Tenía 80 años.***

*La otra anciana se llamaba **Sá'** que significa «estrella», porque su madre miraba el cielo nocturno de otoño, concentrada en las lejanas estrellas, para distraerse de los dolores del parto. **Tenía 75 años.***

Cuando el grupo llegaba a un nuevo lugar de acampada, el jefe mandaba a los jóvenes que construyeran refugios para las dos ancianas y que las abastecieran de leña y agua. Las mujeres más jóvenes arrastraban de un campamento a otro las pertenencias de las mayores y, a su vez, ellas curtían las pieles de los animales para quienes las ayudaban.

Sin embargo, las dos ancianas compartían un defecto de carácter nada corriente en personas de aquella época. Se quejaban constantemente de achaques y padecimientos, y llevaban bastones para demostrar sus dolencias. Sorprendentemente, eso no parecía molestar a los demás, a pesar de que todos habían aprendido desde pequeños que los habitantes de una patria tan inclemente no podían tolerar esa debilidad. Pero nadie se lo reprochaba y las mujeres seguían viajando con los más fuertes.

Hasta que llegó un fatídico día.

No era el frío lo único que llenaba el aire aquel día en que el Pueblo se reunió en torno a las hogueras, vacilantes y escasas, para escuchar al jefe.

Después de un tiempo de silencio en voz alta y nítida, el jefe anunció de repente:

—El consejo y yo hemos tomado una decisión. —Hizo una pausa, como si buscara fuerzas para proseguir—: Tenemos que abandonar a las ancianas.

Sus ojos recorrieron rápidamente el grupo a la espera de una reacción. Pero el hambre y el frío habían hecho estragos, y el Pueblo no pareció conmoverse...

A partir de ese momento, las dos ancianas se vuelven las auténticas protagonistas del relato y se desarrolla una preciosa historia de lucha por la sobrevivencia, con unos diálogos llenos de sabiduría. Una sabiduría vital no aprendida en los libros sino en la vida, en cada experiencia de dolor, de alegría, de esperanza o de desilusión. También nuestra vida está hecha de historias interesantes que a lo largo de los años van recobrando fuerza y sentido. Quizá no siempre nos damos cuenta de lo importante que es recordar todo lo que hemos vivido en clave de fe y de gratitud, para buscar en cada recuerdo aquellos **destellos de gracia** con que Dios nos ha ido fortaleciendo. Le oí decir un día a un sacerdote en unos ejercicios: *Cuando el futuro nos da miedo, el pasado nos da seguridad.* Y estoy de acuerdo con ello, simplemente basta recordar las palabras de san Pablo: *Nada nos puede separar del amor de Dios.* (Rm 8, 35-39).

Nada nos puede separar del amor de Dios. (Rm 8, 35-39).

Continuemos con la historia

*El grupo de gente hambrienta se alejó poco a poco, abandonando a las dos mujeres que permanecieron sentadas con la misma expresión de aturdimiento, sobre una pila de ramas de abeto. La pequeña hoguera reflejaba un suave resplandor anaranjado en sus rostros curtidos. Pasó mucho rato antes de que el frío sacara a **Chidzi** de su estupor. Justo entonces, **Sá** levantó la cabeza y vio las lágrimas de su amiga. Su corazón se llenó de ira. ¿Cómo se habían atrevido? Las mejillas le ardían por la humillación. ¡Ninguna de las dos estaba cerca de la muerte! ¿No habían cosido y curtido a cambio de lo que recibían? No tenían que cargarlas de un campamento a otro. No estaban desamparadas ni indefensas; sin embargo, las habían condenado a muerte. Su amiga había visto pasar ochenta veranos; ella, setenta y cinco.*

Con un suspiro se acercó a su compañera, que aún no se había movido, y miró el cielo azul. Para sus ojos experimentados, el azul en esa época de invierno significaba frío; y a medida que la noche se acercara, el frío sería más intenso. Con expresión preocupada, se puso de rodillas junto a su amiga y le habló con voz suave pero firme:

*—Amiga mía —Hizo una pausa con la esperanza de que acudiera en su ayuda la fuerza que no sentía—. Podemos quedarnos aquí sentadas esperando la muerte. No tendremos que esperar mucho... Su amiga levantó la vista con los ojos llenos de pánico y **Sá** añadió de inmediato—: El momento de abandonar este mundo no ha llegado para nosotras todavía. Pero moriremos si permanecemos aquí sentadas esperando. Eso demostraría que ellos tenían razón al creernos indefensas,*

—¡Sí, en cierto modo nos han condenado a muerte! Creen que somos demasiado viejas e inútiles. ¡Se olvidan de que también nosotras hemos ganado el derecho a vivir! Así que, amiga mía, vamos a morir luchando.

—Vamos a morir luchando.

Su amiga la ayudó a levantarse de las ramas húmedas. Recogieron pequeñas ramas para hacer una hoguera y añadieron trozos de hongos, que crecían grandes en los álamos caídos, para que el fuego se mantuviera vivo. Revisaron las otras hogueras con el fin de salvar cualquier rescoldo que encontrasen.

En el camino de la vida siempre ha existido alguien que en momentos duros, de sufrimiento y desolación nos ha levantado el ánimo, nos ha sacudido para que reaccionáramos de la mejor manera.

En el siguiente diálogo entre las dos ancianas podemos ver cómo el reconocer nuestra fragilidad no puede ser un ejercicio que nos haga bajar la cabeza, sino, por el contrario, mirar al frente y asumir que aún podemos cambiar, que aún podemos llenarnos de energía y avanzar, firmes y sin temor.

*—Somos como bebés —respondió Sa'. La mujer mayor levantó la vista, sorprendida ante esa afirmación—. Somos como unos bebés desvalidos. —La sonrisa se heló en sus labios cuando en el rostro de su amiga se dibujó una expresión ligeramente ofendida ante el comentario; pero antes de que **Chidzi** pudiera interpretarlo mal, **Sá** prosiguió —Hemos aprendido mucho durante nuestras largas vidas. Sin embargo, **hemos llegado a la vejez convencidas de que ya hemos hecho todo lo que teníamos que hacer. Así que nos hemos detenido sin más, aunque nuestros cuerpos están aún lo bastante fuertes como para responder a nuestras exigencias. Chidzi permaneció sentada, escuchando, atenta, la repentina revelación de su amiga, y la explicación de por qué los jóvenes habían decidido que sería mejor abandonarlas.***

—Dos viejas. Se quejan. Nunca están satisfechas. Hablamos de la falta de comida y de lo buenos que fueron los viejos tiempos cuando en realidad no es cierto. Ahora, después de pasar tantos años convenciendo a los jóvenes de que estamos indefensas, han llegado a creer que ya no somos de ninguna utilidad en este mundo.

*—Al ver que las lágrimas arrasaban los ojos de su amiga al escuchar aquellas implacables palabras, **Sá** continuó con la voz cargada de sentimiento—. ¡Vamos a demostrarles que no es cierto! ¡al Pueblo! ¡a la muerte! —Al tiempo que subrayaba sus palabras con un enérgico movimiento de cabeza, añadió—. Sí, a esa muerte que nos espera dispuesta a atraparnos en cuanto mostremos el más mínimo indicio de debilidad. Temo más a esa muerte que a cualquier penalidad por la que tengamos que pasar. ¡Si hemos de morir, moriremos luchando!*

Reconozco, hermanas, que la historia es fuerte en algunos momentos, pero no olvidemos el contexto en el que se desarrolla, Alaska, tiempos de hambre y frío. Por supuesto que no es nuestro contexto y demos gracias a Dios por ello. Pero pensemos que puede ser el contexto de muchas personas mayores que no tienen las mismas condiciones. Hay mucho dolor, abandono, soledad, en el mundo de la gente mayor, hay contextos muy parecidos de sufrimiento y de lucha por la subsistencia.

Quizá alguna cosa de los diálogos que se desarrollan en la historia de estas dos mujeres nos toquen por algún lado y mi intención es que nos sirva para volver sobre nuestra historia y sobre la historia de nuestro mundo y decidamos seguir viviendo con “determinada determinación” como nos dice santa Teresa. Y que oremos, oremos mucho por nuestros hermanos mayores que en el mundo sufren profundos dramas en el silencio y algunos en el olvido.

No voy a contar como termina la historia, que me jencantó! para dejar que la curiosidad vibre en nuestra mente y si queremos y podemos, leamos el libro.

4. Ese dolor que vivimos

Queridas hermanas. Hemos vivido momentos muy duros en los últimos tiempos, partidas inesperadas de nuestras hermanas, familiares, amigos, conocidos. Estamos viviendo en carne propia el dolor, la angustia y la incertidumbre que nos deja la sensación de estar a la deriva, con el miedo a flor de piel, protegiéndonos como podemos y como nos dicen, de ese enemigo universal que se introdujo en el mundo, atacando sin contemplaciones y causando desastres inimaginables.

Sin embargo, como en la historia de *las dos ancianas*, no es tiempo de desistir, no es tiempo de pensar que es el fin del mundo como proclaman algunos oportunistas.

Es tiempo de la calma en medio de la tempestad, de ser flexibles, de aceptar las limitaciones impuestas por la realidad, sin dar paso a la impaciencia y a la incomprensión.

Es tiempo de ejercitarnos más que nunca en las virtudes que nos caracterizan como Carmelitas Teresas de San José.

Humildad: Para reconocer que, sin Dios a nuestro lado, sucumbiremos fácilmente ante la desesperación y la tristeza. Que, sin la ayuda de nuestras hermanas, de nuestros cuidadores y de tantas personas que nos sostienen física y moralmente, nuestra vida sería más complicada y más sufrida.

Sencillez: Para compartir con alegría el don de la fe que nos mantiene activas espiritualmente y en comunión con Dios, con nuestras hermanas de Congregación, con los demás seres humanos a quienes conociéndolos o no, nos sentimos unidas en comunión universal, como bien nos lo recuerda y pide el papa Francisco, en su encíclica “Fratelli Tutti”.

Mansedumbre: Para aceptar sin mayores problemas los nuevos cambios que nos impone el momento actual y para asumir que ahora no podemos hacer lo que queremos, sino lo que debemos. Que no podemos tener lo que queremos sino lo que conviene... ¡En fin! Que no es tiempo de dramatizar, sino de confiar, de orar y de permanecer en paz.

Mortificación:

Para saber pasar por encima de nuestros gustos, de nuestras necesidades, de nuestras comodidades y adaptarnos a las nuevas exigencias, esforzándonos en comprender que vivimos *tiempos recios*, en los que se nos exige una actitud permanente de flexibilidad, pues los cambios a los que debemos enfrentarnos en estos tiempos son más rápidos, más drásticos y muchas veces más incomprensibles.

Celo por la gloria de Dios: Para saber ofrecer todo lo que hemos vivido y sufrido como Congregación en ofrenda a Dios, uniendo nuestro dolor al dolor del mundo, de tantos hermanos nuestros que todavía lo están pasando peor. Esta es ahora, nuestra manera de evangelizar y de dar a conocer el amor de Dios. No teniendo otra manera nos dispondremos cada día a entregar lo que somos y lo que deseamos, para que otros también puedan ser y entregarse a través de nuestra comunión espiritual con ellos.



Este es el tiempo de crecer en nuestra configuración con la Vida, Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Señor Jesucristo, a quien amamos y servimos.

Por tanto, es el tiempo de la misericordia, de la compasión y de la generosidad a toda prueba.

Hemos iniciado el tiempo de Cuaresma, ¡pues bien, queridas hermanas! A seguir viviendo, a seguir luchando, a seguir confiando y a seguir cuidándonos que es lo que nos toca. Y que, como *las dos ancianas* de la historia, sepamos reencontrar la fuerza y el valor en nosotras mismas, recordando aquellas viejas habilidades, aquellos sueños forjados a base de alegría y esfuerzo, aquellos primeros impulsos amorosos que nos hicieron decir *Sí* al llamado del Señor. Para decir de nuevo, como en nuestros mejores primeros tiempos: ¡Aquí estoy, Señor, ¡para hacer tu voluntad!

Que María, la esposa fiel del carpintero de Nazaret, nuestro querido padre San José, nos ayude a descubrir que nuestra vida tiene sentido, no por lo poco que podemos hacer, sino por lo mucho que aún podemos vivir, servir y amar.

Con profunda gratitud y aprecio.

Blanca Nubia Zapata C. (cts)